

CARTA SESTA

DEL POBRECITO HOLGAZAN

á Don Servando Mazculla.

Muy Señor mio: como Vmd. me tiene encargado que le escriba á menudo, y á mí, por la misericordia de Dios, no se me cansan con facilidad los dedos, voy á darle por el gusto, y venga lo que viniere. ¿Sabe Vmd., amigo mio, que nuestra correspondencia empieza á ser sospechosa para muchos, y que dicen por ahí que lo que estamos haciendo no es mas que una purísima chacota de cuantos objetos se nos pone en la cabeza ridiculizar? ¿Sabe Vmd. que hay quien se da por ofendido y agraviado, porque dice que algunos trozos de nuestras cartas son mas bien retratos que caricaturas? ¿Que apenas leen dos renglones, cuando ya fijan su idea sobre quien es el original, y empiezan los comentarios sobre si dice demasiado, ó demasiado

poco? ¿Que así como para algunos es esta una comidilla sabrosa, hay otros muchos, y son los mas, para quienes es un tósigo, una pócima, un veneno, que lejos de curarlos de sus enfermedades, los empeora, los desasosiega y los mata?

¿Oh, y qué poco nos conocen los que así piensan, y cómo su malicia les fascina los ojos y los entendimientos! Aun cuando nuestro genio fuese un poco burlesco, que no lo es, ¿habíamos de tener conciencia para ir, sin mas ni mas, á descorder el velo que cubre á tantas buenas almas, y turbar el sosiego con que estan disfrutando lo que tan legítimamente ganaron? ¿Qué se me da á mí de que el público haya estado engañado mucho tiempo llamando Padres de la Patria á los que no eran sino sus padrastros; que tuviese por grandes hombres á unos solemnísimos majaderos; que mirase como santas y buenas muchas instituciones esencialmente viciosas y perjudiciales? ¿Qué mayorazgo le viene á Vmd. con que se sepa que Pedro fue

un grandísimo hipócrita, que Antonio fue un infame adulator, que Juan el de los grandes vigotes no ha sido mas que un cobarde toda su vida, que aquel fue un delator inicuo, el otro un perseguidor desapiadado, y finalmente, que una gran parte de individuos esten comiendo y bebiendo á costa de las lágrimas y los sudores del infeliz trabajador?

¿No consideran estos malignos que además de la indiferencia con que todo español debe mirar estas cosas, nosotros, esto es Vmd. y yo, tenemos por qué callar, y pudieran refregarnos por los hocicos aquello, y esto otro, y lo demas allá? ¿Pues qué, no tiene cada uno su lengua muy expedita, y su pluma muy bien cortada para decir sin rodeos que yo soy un afrancesado, tarambana y fracmason, y que Vmd. es un abogado de guardilla, un charlatan, y un cajon de sastre? ¿Pues si esto nos lo llegáran á decir, no era cosa de caernos muertos de pesadumbre? Sin duda que sería confiar demasiado en la prudencia agena, ó en la des-

vergüenza propia, para provocar asilas iras de tantos cuerpos, y particulares constituidos en dignidad. Solamente esto último bastaria, y aun sobraria para echarme siete sellos en los labios, y no abrirlos sino para los elogios y alabanzas que se merecen. ¡Qué dulce y qué sabroso no fuera para mí que el dia despues de haber publicado el panegírico de algun poderoso, me enviase éste á llamar, y sin mas ni mas me recibiera en su cuarto, me hiciese sentar junto á él, me diera las gracias con semblante alhagüeño, me animase á proseguir en aquella brillante carrera, y despues de haberme ofrecido su proteccion, me pusiera en la mano una onza de oro, ó me mandase hacer un memorial para tal ó cual destino! ¡No fuera cosa de volverme yo tarumba al ver impreso mi nombre y mi apellido al pie de la portada, con los lisonjeros epitetos *de su mas humilde y agradecido esclavo por los inauditos favores con que le ha honrado tan augusto Mecenas?*

- Ay amigo Don Servando, me ena-

geno cuando pienso en semejante dicha, al paso que me horrorizo de pensar que haya quien pueda tildarnos de que llevamos segunda intencion en nuestras lastimeras cartas. Hasta un *Soldado español que nunca perdió los derechos de Ciudadano* ha salido á la palestra, y como yo me tengo mis dudas de si el uniforme que llevaba era alquilado para hacerme miedo, traté de averiguarlo, y me encontré con lo mismo, y con el mismo que yo pensaba. Lo español no se lo disputo, porque, en efecto, habla bien su lengua, y la maneja con gracia; pero lo soldado.... perdone Vmd. por amor de Dios; ¿habia de ser soldado, y soldado español, el que sacase el chafarote solo contra los que estan debajo? No hay ninguno de ellos capaz de tal mengua. Por otra parte, si supiera manejar la tizona; habia de pedir auxilio al poeta que él conoce y yo no, y al militar del *vigote retorcido*? Mucho menos. El primero callará, porque le tiene cuenta, y el segundo se convencerá, si cumple su promesa, de que

hay canónigos y abates que saben seguir un partido sin admitir empleos ni condecoraciones en él, y que sin usar ni vigote ni perilla, son tan buenos para un fregado como para un barrido. Prosigamos nuestro cuento.

Todavía tengo muy presente cierto sermon que se predicó en la capilla de palacio donde, como Vmd. sabe, solo predicán hombres grandes y eminentes, de aquellos de quienes comunmente se dice que son hombres para un Concilio. Uno de ellos aseguraba desde el púlpito que siempre que S. M. continuase accediendo *á los sábios dictamentos de los sábios ministros, que tan sábiamente dirigian la nave del Estado, arribaria ésta dichosamente al deseado puerto de la prosperidad y de la gloria.* Allí veria Vmd. tornarse las miradas de los oyentes hácia cierto banco que ocupaban ciertos Señores, cuyo semblante humilde y compungido apénas se movia sino para dar signos de aprobacion bajando suavemente la cabeza, y mirando de cuando en cuando á la tribuna. ¡Era tan

nueva la comparacion! Eran tan á propósito aquellos textos, que parecia que solo faltaba añadir un *Don* á los personajes que iba nombrando. Hubiera yo dado un brazo por ser el predicador, y por recibir el dulce premio que él recibió, y que si no me engaño fue una pingüe canongía. Y que se vengan luego llamándole á uno *inimicus homo*, que á fe que esas pallabrillas se las lleva el viento, y lo que se queda en casa es la renta, el descanso, y de cuando en cuando la *Señoría*. No si no, ándese Vmd. en sátiras, y verá qué caldo encuentra en su puchero.

Ya que hablamos de sermones y de textos; no podria Vmd. indicarme algunos que solo se hubiesen aplicado á ciertos y determinados gobiernos, á tales y precisas circunstancias, á ciertas y señaladas acciones ó personajes? Dígolo, porque he observado que jamás dejan de acomodarse unos mismos á todo cuanto sucede en el mundo, y yo tengo para mí que la representacion de un Trajano no debiera acomodarse á un Tiberio, ni los sucesos de una mi-

serable colonia romana, á los de un reino poderoso é independiente. Verdad es que mientras viven, todos los soberanos son Trajanos, y todas las naciones deben ser manejadas como colonias; pero pudieran variar un poquito los temas, en atencion á que los que están en uso los saben ya de memoria hasta las viejas y los legos de los conventos. Yo conocí un estudiante, que por cierto era un valiente galopin, el cual tenia un mamotreto compuesto de veinte y cuatro textos, á saber, seis para pastorales, seis para oraciones fúnebres, otros seis para cofradías, y los demas para toda clase de sermones. Era obra muy curiosa, porque sin mas que ojearla se sacaba tanto fruto como con asistir á cuantos sermones se han predicado desde que la predicacion pasó á ser un oficio como otro cualquiera.

En eso de las cofradías, no sé yo por qué el estudiante las fué á sacar á colacion, porque en verdad que una cosa mas buena ni se ha inventando, ni es posible que se invente. ¿Quién será el guapo que impida al mas empol-

vado de los cofrades ponerse á la puerta de la Iglesia con su tamboril y su trompeta, á pregonar una puja de pichones enjaezados, ó una cartera con lautejuelas, ó una sandía mas gorda que la cabeza de un turco? ¿Quién en aquella almoneda se ha de dar por agraviado de pagar por un escapulario reluciente la miseria de cuatro ó seis duros, sabiendo que apenas paga las hechuras cuanto mas la virtud infiernífuga que está inherente á la bayeta? Allí á nadie se le obliga á que compre nada, pues lo mas que suele hacerse es celebrar el concurso á los que tienen pesetas. Aquel tapete encarnado con su ribete de plata, aquella silla poltrona para el mayordomo, y aquel banco con sus armas pintadas en el respaldo inspiran mas devocion y recogimiento que cuantos actos sagrados supo dictar la sabiduría de los concilios. Solo le hallo yo un inconveniente muy grave, y es que cuando llueve durante todo el novenario, apenas tiene salida ninguno de aquellos preciosos géneros; por eso en algunos conventos de esta

Corte se ha tomado la sábia precaucion de poner el mostrador dentro de la misma Iglesia, y esto es lo derecho.

En verdad que este año nos vamos á ver privados de una de las funciones mas vistosas y concurridas que se han celebrado jamás. Por cierto que la costeaba un *Excelentísimo devoto* de quien nadie sospechó nunca que lo hiciese por interés ni por miras ambiciosas, sino por pura devocion y cariño entrañable que profesaba el dispensador de los empleos. Hombres de aquella sensibilidad no se encuentran á dos tirones ni nacen ya en estos tiempos, porque padecia unos raptos asi á manera de éstasis, que el pobrecito se quedaba parado en medio del negocio mas arduo, mirando de hito en hito los bellos ojos del amo; ¡qué piedad la suya! ¡qué aficion á las rogativas de la Iglesia! ¡y sobre todo, qué pasion por aliviar la suerte de los desgraciados! En cuanto llegaba á saber que alguno de estos se hallaba en cualquier convento de esos que hay mas conocidos por el bullicio interior, como *verbi gratia* una

cartuja, al momento disponia que fuese trasladado á otra mas sosegadita para que pudiese estudiar y meditar á su gusto. Era enemigo declarado de la adulacion por activa y por pasiva, y todas sus ansias se dirigian á estender los privilegios de su oratorio: en una palabra, era hombre que por ser cosa de Iglesia hubiera aceptado aunque fuese el capelo de Cardenal. Pero no quiso Dios por entonces cumplirle la vocacion, y el pobrecillo se ha contentado con que le señalen tres *maximum* en la lotería.

En efecto, fué cierto lo que Vmd. me insinuaba sobre las prisiones de los frailes; pero yo estoy para mí que se les debe defender por *locos*, ó en caso de que esto no pueda probarse del todo, queda el recurso de decir que estaban bebidos, porque siempre es ménos malo que á uno le tengan por aficionado al vino, que no que le aprieten el pescuezo. Ya tenemos varias causas por este mismo órden, en que algunos individuos han gritado lo mismo que Vmd. y yo gritariamos

en donde no nos pudiera oír nadie, esto es, *muera la Constitución*. Verdad es que ellos gritaron donde les oían, y como en lugar de imitarlos, que es lo que se deseaba, todo el mundo se llenó de indignacion, no nos ha quedado mas arbitrio que el decir que estaban *locos*, ó que salian de pasar la tarde en una *taberna*. Con esta disculpa diga Vmd. que nos entren; á fé que como en cada pueblo podamos juntar dos ó tres *locos* y otros tantos *borrachos*, que no será difícil, al cabo lograremos que en alguno pegue la yesca, y quien sabe lo que se podrá conseguir. En tiempo del buen gobierno, ya quisieron disculparse algunos Constitucionales con la supuesta locura, pero nosotros que sabíamos mas que Merlin, los plantamos en la N. para que aprendieran á ser *cuerdos*, y no bebieran mas que agua.

El otro dia me dió muchas memorias para Vmd. un amigo que le estima, pero me encargó mucho el secreto, porque no quiere que se sepa donde anda hasta que pase esta nube. Es

hombre de muy buenas entrañas, tolerante, moderado, y enemigo de meterse en lo que no le va ni le viene; en una palabra, es un eclesiástico ejemplar, y como yo quisiera que fuesen todos. Contrage amistad con él, desde que corrí con las pruebas para que se pusiera la venera de nuestra Santa, porque como es extranjero, y no nos constaba si tendria algun ascendiente judío, fue menester escribir á Francia y asegurarnos de su limpieza de sangre. Bien es verdad que él tenia otro colgagillo en la sotana, al cual tambien han dado en llamarle venera, aunque no es ni ha sido nunca mas que una cucarda de los realistas de su tierra. Pero al fin logró ponerse aquellos dos cascabeles, con los cuales andaba siempre el pobre con la molestia de no poderse embozar aunque se helára de frio, porque entonces no se los podrian ver ni los ciegos. Ha juntado una rentita tal cual en una casa de beneficencia, donde sin saber cómo, se ha llegado á hacer el amo, y unas veces copiando libritos viejos que luego

bautiza como nuevos, y otras delatando hereges á nuestro santo tribunal, va pasando su vida honradamente; y aun ha estado á pique de ser médico espiritual del alma mas pura y sana de estos reinos.

En medio de todo esto, ó por mejor decir de todos estos, lo que no me disgusta nada es que, á lo que yo voy viendo, ni los que aborrecen la Constitucion, ni muchos de los que la aman demasiado entienden una palabra de ella. Esto al fin y á la postre ha de ocasionar divergencias, que pararán en lo que paren, y nosotros, que siempre estaremos alerta, sabremos aprovecharnos de toda majadería. Bien sabe Dios que ya tres ó cuatro veces me he puesto á ver si la podia leer, y nunca pude pasar del primer capítulo, hasta que ayer por la mañana acabé de resolverme á tragarla toda entera. A pesar del gran disgusto con que la fuí tarareando, no dejé de conocer que la tal Constitucion, ó como quiera llamarse, es esencialmente *Monárquica*, y que ni siquiera hay

Un artículo que suene á *democracia*. Pero hay, como tengo dicho, muchos de nuestros amigos que dicen, aunque no lo sientan, que esto no es mas que una pura república con un Rey además de eso. Otros con fines contrarios piensan que porque los españoles se pueden llamar ciudadanos y elegir representantes, no hay sino arrear con ello y tomar las mismas formas de gobierno que en Athenas ó en Esparta. Eso es lo que yo quisiera, que se estraviáran hasta ese punto, y estraviáran la opinion de los demás, porque yo les aseguro que como ellos repúblicanicen un poco, no nos faltará muy pronto quien nos venga con usuras de sus gritos inconsiderados. La Constitucion, tal cual es, nos ha de hacer sudar á los que queremos echarla abajo; pero si por purísima ignorancia nos ayudan á destruirla los mismos que la sostienen, nos hacen el caldo gordo, y les debemos estar muy agradecidos.

○ Pero yo sin saber cómo me voy metiendo en asuntos sérios, y olvido nuestro bien particular, que es el que

únicamentè debiera llamar nuestra atencion. Como de dia y de noche no hago mas que cabilar para ver el modo de mantener mis obligaciones, estaba pensando en aprovecharme de la libertad de imprenta para imprimir un libro de cocina. Vmd. sabe cuán escasa está nuestra literatura en este ramo tan interesante, y cuán fundadas son las quejas de los aficionados á la bucólica sobre la estupidez de nuestras cocineras. Mi muger que de medio cuerpo arriba es vizcaina, sabe cuasi de memoria todos los guisos y conservas que se hacian en casa de su antiguo amo, y con que yo les añada algun otro ingredientillo que iré sacando de un libro frances que le pude quitar á un preso, puedo componer una obra que me dé fama y dineros. Yo no he podido nunca conformarme con que se ha de comer precisamente á la española, ni á la francesa, ni á la turca, sino á la buena y barata, como en todo. Verdad es que estoy persuadido á que ni en comida ni en gobierno se puede adelantar un punto sobre lo

que ya teníamos. El guiso de pollo lo comparo yo á las leyes de partida, que en echándolas un polvito de azafran saben á todo cuanto se quiere. El guisado conocido en Andalucía con el nombre de *ropa vieja* es un símbolo perfecto del consejo de las órdenes. La olla podrida nos representa una imágen del antiguo consejo de Estado, y los sabrosos espárragos me hacen acordar de nuestro Crédito público. Por este orden digo yo que podria componerse una obrita de substancia, capaz de inmortalizar á los cocineros españoles, á quienes no les falta mas para ser perfectos que el aprender á guisar, y á ser aseados.

Sobre eso del Crédito público ¿qué quiere Vmd. que yo le diga? *Nada, nada: nada absolutamente*, porque *nada* me puede ocurrir acerca de una cosa que como todas las demas quisiera yo que siguiese en el mismo pie que antes. Yo tengo para mí que el único modo de tener mucho crédito es tener mucho dinero y mucha gana de pagar lo que se debe. ¿Pero eso qué gracia

tiene? ;Le parece á Vmd. que es necesario haber estudiado en Salamanca para saber que de cuatro se pueden sacar dos? Lo que pide mucho ingenio es hacer de dos doscientos, y de cuatro, cuatromil. Esa es la ciencia famosa por escelencia, y que yo creo que ha llegado en España al último grado de perfeccion. Público es el crédito, y tan público, como que está ahí junto á los Consejos; á bien que aquí en Madrid á nadie se engaña cuando pregunta las señas para ir á cualquiera parte, además de que en llegando un forastero no tiene mas que ponerse á la puerta de su casa, y en cualquier calle que viva, luego que vea pasar á eso de las ocho de la mañana una procesion muy larga de gente de todos trages y colores, unos con uniforme, otros sin él, unos con escarapela de cinta negra, otros con cinta encarnada, sombreros de todas formas y edades, y en fin, desde la vieja pecula hasta el elegante calicó, *todos esos, todos, todos son empleados en el Crédito Público.* Y con todos

esos todos, he visto yo alguna vez que no se podia pagar á nadie; quiero decir en dinero, porque lo que es firmas, ninguno de los acreedores se puede quejar de que no tiene muchas y muy enrevesadas. Es verdad que los tales acreedores son los peores cristianos que hay en el mundo: sin fe, sin esperanza ninguna, y moliendo sin cesar á aquellos pobres señores para que les paguen lo que se les debe. Vayan mucho noramala los grandísimos bribones, y sepan que ya se les pagará cuando se les pague. ¿Pues qué, no hay mas que venirse con su documento en el bolsillo, sin mas recomendacion, ni mas esquila de algun Señor de Palacio á llevarse un puñado de pesos duros, como si aquello fuera la hacienda de algun negro? El Crédito Público es para lo que es, y bastante se aguanta con el retraso de las contribuciones, sin que nos vengan ahora á pedir cotufas en el golfo. Si prestáron á la Real Hacienda en algun apuro ¿para qué fueron tontos? Si impusieron vitálicos ó tomaron acciones, ó compra-

ron vales ¿por qué no miraron lo que se hacian? Y finalmente, si quieren ser pagados de alguna cosa, que rebajen las nueve décimas partes de sus créditos, y se dará cuenta á S. M. por el ministerio correspondiente para ver si se digna aprobar esta cristiana transacion. Lo demás no viene al caso, ni tiene pies ni cabeza, y es gana de perder el tiempo y de recibir sofiones sin qué ni para qué.

Y Basta de carta, y aun creo que de cartas, porque las paredes oyen, y no me fio mucho de los correos. Lo mejor será que usemos de alguna cifra cuya clave solo la sabrá Vmd., yo y las verduleras. Abur amigo siempre de Vmd.

El Lamentador.

Madrid: Imprenta que fue de Fuentenebro.

REIMPRESA EN VALLADOLID EN LA DE ROLDAN,

AÑO 1820.